

LAS COSAS POR SU NOMBRE

por: Felipe Vanderhuck

Por obra de un profesor de alemán al que recuerdo con cariño, llegó a mis manos hace un tiempo el catálogo de una exposición organizada por el Museo Histórico Alemán en 2007: *Dictadura del Partido y vida cotidiana en la RDA*. Mi profesor, un tipo cincuentón y amable, había pasado más de la mitad de sus años en la otrora república socialista. En clases, solía hablarnos de la vida de entonces, como quien cuenta algo que ha observado pero no vivido (nunca hacía alusiones personales), con un tono crítico pero sin demasiada gravedad. Siempre me sorprendió, incluso, la manera casi festiva con que hacía algunos de sus comentarios: éstos daban la impresión de que no quería convencernos de nada, sino movernos a la curiosidad.

Aquel profesor, de pelo blanco y grandes gafas, solía llevarnos al salón no sólo catálogos, sino películas, fotografías, objetos y música de aquel tiempo. Mi escasa “educación musical” aquí en Alemania la debo casi toda a él, lo que no ha dejado de traermé problemas, sobre todo cuando entre personas jóvenes he declarado mis gustos. En fin: que hojeando una noche el catálogo de la dicha exposición, me encontré con una parte titulada “Estación didáctica: dominó-Este-Oeste”.

Se trata de un par de hojas plegables con algo como una pista de carros, sobre la cual hay que acomodar unas fichas rectangulares. Las fichas -según descubrí esa misma noche- se encontraban al final del catálogo para recortar. Al lado de la pista pueden verse además algunas fotografías: un bombón con envoltura amarilla, no de los redondos, como los bombombún, sino aplanados, como los que regalan en los bancos; un grupo de cuatro niños abrazados, caminando al lado del Muro de Berlín (la fotografía es en blanco y negro y, al fondo, se ve un Trabant, el carro insignia de la RDA); una Big Mac, con el anuncio “!Buen apetito!”; un par de empaques de condones, etc.

Hay también un pequeño párrafo: “Para muchos hombres en la RDA fueron los aquí llamados ‘términos occidentales’ del todo claros y en parte también utilizados. Sin embargo hubo en el ‘Este’ palabras muy especiales para muchas cosas. La mayoría de ellas fueron términos oficiales o pertenecieron al vocabulario del Partido. Éstas fueron raramente utilizadas por la gente. Palabras del lenguaje de la vida cotidiana sobrevivieron a la Reunificación. Así se puede reconocer hasta hoy, según el uso de ciertos términos, si alguien viene del Este o del Oeste de Alemania”. Breves instrucciones:

1. Mezclar las fichas del dominó y repartir.
2. El jugador más joven comienza el juego.
3. Para un término del Este se buscará siempre el término correspondiente del Oeste y viceversa. El jugador pondrá sus fichas en las



Kosmonaut

1

Mezclar las fichas del dominó y repartir

2

El jugador más joven comienza el juego

3

Para un término del Este se buscará siempre el término correspondiente del Oeste y viceversa. El jugador pondrá sus fichas en las casillas hasta cuando no encuentre ninguna otra apropiada. Entonces le toca al siguiente jugador.

Y así sucesivamente

4

¡Quien primero se quede sin fichas será el ganador!

casillas hasta cuando no encuentre ninguna otra apropiada. Entonces le toca al siguiente jugador. Y así sucesivamente.

4. ¡Quien primero se quede sin fichas será el ganador!

El dominó-Este-Oeste podría dar una idea de qué pasaría si el vecino del director de un banco decide un día volverse anticapitalista: sus hijos ya no tendrían permiso de ir a jugar a la casa de al lado y, entre otras cosas, deberían aprender a no decir palabrotas. Ya no más, por ejemplo, seguir llamando *hamburguesa* a una albóndiga metida entre dos pedazos de pan, ni *muro* a la tapia de cemento que su padre hubiera decidido construir para evitar que ellos se escaparan.

Y de eso se trata: al Muro (*Mauer* en alemán) que dividió a Berlín en dos y aisló su parte occidental del resto de la Alemania del Este, lo bautizaron sus constructores *Antifaschistischer Schutzwall*, algo que podría traducirse por *Muralla* o *Barrera de Contención Antifascista*. Y estos mismos, digamos defensores de la Nueva Doctrina, decidieron que la palabra *Hamburger* era inapropiada para el uso de sus súbditos, no fueran a contaminarse con las ideas del vecino, y propusieron en reemplazo la palabra *Grilleta*, que sus súbditos desde luego

no utilizaban, pero que a ellos los dejaba dormir tranquilos, mientras en la calle la policía secreta hacía su trabajo.

En fin: que si seguimos la presentación del dominó-Este-Oeste, las palabras de la antigua RDA podrían dividirse en dos grupos: en el primero estarían aquellas que pertenecieron al vocabulario oficial y que la gente raras veces utilizó. Éstas son, al mismo tiempo, las más cómicas y las más francamente adoctrinadoras. No es casualidad, sin embargo: las doctrinas, por idiotas, son cómicas.

En el segundo grupo, a su vez, estarían aquellas palabras que hicieron parte de la vida cotidiana y que aún hoy se utilizan, aunque cada vez menos. Por su uso, como dice el catálogo, uno podría reconocer si alguien viene del Este o del Oeste de Alemania. Son palabras que, a falta de quien las utilice, tenderán a desaparecer.

Entre las palabras del primer grupo, sin duda la más arbitraria es *Antifaschistischer Schutzwall*, que era como los funcionarios de Alemania del Este llamaban al Muro de Berlín, construido para evitar las crecientes escapadas de sus ciudadanos hacia el lado enemigo. Otras palabras de este grupo son: *Winkelement* (banderita), *Schallplattenunterhalter* (dj), *Niethose* (bluyín), *Fruchtstielbon-*

bon (bombón) o *Mondos* (condón), cuyos “términos occidentales” correspondientes serían: *Fähnchen*, *Diskjockey*, *Jeans*, *Lutscher*, *Kondom*.

Aunque, desde luego, alguna diferencia habrá entre llamar *Muralla de Protección Antifascista* a un muro de concreto que era en realidad una cárcel y *Schallplattenunterhalter* al que pone la música en las fiestas, las palabras del primer grupo muestran el uso retorcido del lenguaje que suele ser propio de aquellos que descaradamente mienten, y que, además, están interesados en conservar su mentira. Aun si la gente utilizó rara vez estas palabras (incluso, por ello mismo), puede uno imaginar con suficiente razón de qué sofocante lenguaje oficial hacían parte.

El asunto, por supuesto, no es nuevo. Lo trata, por ejemplo, George Orwell en su célebre ensayo de 1946, “La política y el lenguaje inglés”, al mostrar cómo es propia de esta actividad una muy cierta tendencia a empobrecer y embrollar el lenguaje. Lo trata, también, el fallecido Harold Pinter en su discurso de agradecimiento del Nobel, en que hace una lúcida reflexión sobre el significado de la verdad en el arte y la política. Lo trata, sólo por dar un ejemplo más, la novelista

Doris Lessing, en un artículo aparecido en 1992 en *The New York Times*, y traducido al español con el título “El lenguaje comprometido”.

No habría que ir muy lejos para comprobar el uso eufemístico, vago y embrollado del lenguaje de quienes aspiran a la conservación de alguna forma de mentira, pero ello será tarea del lector, para lo cual podría tal vez acudir a los diarios nacionales o escoger entre alguna de las declaraciones de los “actores en conflicto”, a cual más irritante. En todo caso, y valga como sabida observación, el fenómeno no pertenece sólo a la Política, y se padece -y de qué manera- en la Academia, en donde el entusiasmo que despierta el autor de marras parece estar en proporción directa con la inflación de su escritura, un globito que se pincha y después de lo cual no queda casi nada.

A las palabras del segundo grupo del dominó-Este-Oeste, alguna vez de uso corriente y que hoy lo son cada vez menos, pertenecen, entre otras, *Plaste* (plástico), *Polylux* (retroproyector), *Kosmonaut* (astronauta) y *Kaufhalle* (supermercado), con su respectivo “término occidental”: *Plastik*, *Overheadprojektor*, *Astronaut* y *Supermarkt*. Éstas son las que sobrevivieron a la Reunificación. Al no perte-

necer al vocabulario oficial, puede uno suponer que fueron más inofensivas. Su uso (o desuso) no habría sido en todo caso de mucho interés para quienes se beneficiaban de la mentira.

De mi profesor nunca supe nada más. Supongo que sigue ahí donde lo conocí. Como era aquella una ciudad pequeña, él acostumbraba ir en bicicleta al instituto. Un día nos invitó a su casa. Vivía solo, aunque tenía una novia que veía los fines de semana. Había estado casado y solía también hacer comentarios agridulces sobre el matrimonio. Aquel día nos sentamos a su mesa y comimos abundantemente. Fui de los últimos en irme, pues me había quedado discutiendo con un compañero de clase sobre un tema fundamental, tanto que ya no lo recuerdo. Al despedirme, le di la mano a mi profesor y le dije: “Muchas gracias por invitarnos”. Él se sonrió sin mucho compromiso y me dijo: “No hace nada”. Después de eso no lo volví a ver.



Felipe Vanderhuck es profesor, de momento, retirado. A la fecha tiene 31 años y reside en Alemania, donde realiza una temporada de estudios. Es sociólogo de profesión y caleño de pura cepa, aunque su apellido despiste y haga creer lo contrario. Le gustan la calle, la literatura y los besos.